
ATHENA PAULSEN
NORTH STAR
CÓMO
SOBREVIVIR
A UNA
NAVIDAD
contigo

Cómo sobrevivir a una Navidad contigo

ATHENA PAULSEN

© 2025 by ATHENA PAULSEN

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo

públicos. Advertencia, esta es una novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

C a p í t u l o 1

Linnea



Faltan cuarenta y ocho horas para la mañana de Navidad.

Me siento orgullosa de admitir que no hay muchas personas capaces de sacarme de quicio, ya sabes, provocar que quiera tirarme de los pelos, gritar como un puma rabioso y volverme Terminator-Linnea. De hecho, si me apuras, diría que solo hay una persona en el mundo capaz de convertirme en La Furia.

Harvey Lockwood.

Pero eh, antes de que me juzgues y digas *«¿en serio? ¿El guapísimo hijo de James y Mason?»,* vas a tener que entender por qué le odio. Solo así podrás hacerte a la idea de lo teeerrible que es que me haya quedado encerrada en un ascensor con él.

Ya sería algo pésimo en cualquier otro momento, pero hoy… *hoy* es peor que ningún otro. ¿Por qué? Porque es el último día del Campeonato Mundial de Gimnasia Artística así que sí, (SÍ), mientras nosotros estamos aquí encerrados, ahí fuera está pasando de todo.

En mi cabeza, que este año hubieran retrasado el CMGA hasta diciembre no era más que un signo de buena suerte *(pues me encanta la Navidad).* Así que por encima de mi cadáver putrefacto-e-irritado voy a perderme la prueba que me falta.

—Linnea.

—¿Qué?

—Respira —me pide ese tono generador de calambrazos, pero no le escucho.

Sé que el equipo masculino efectuará su ejercicio en anillas antes de que las gimnastas nos subamos a la barra de equilibrio. Él también lo sabe. *Y aun así…*

Se escapa del alcance de mi comprensión por qué fingiría preocuparse por mí, pero no voy a caer en la trampa.

Ni de coña.

Tengo veintiún años, he podido aprender todo lo que necesito sobre Harvey Lockwood y la lista podría reducirse a:

A) No es de fiar.

B) No me conviene tenerlo cerca.

C) Recordar A) y B)

Lo sé bien desde *aquella* noche. Supongo que es mi amargura al recordarlo la que me obliga a decir lo que digo, y hacerlo en tono arisco.

—Hazme el favor de no fingir que somos amigos.

—¿No lo somos?

—Los amigos no faltan a las cenas de Navidad.

—*Linnea*…

—Aunque no sé de qué me quejo. Apenas me di cuenta de que no estabas —le aseguro y me siento en el suelo en un intento desesperado de ser menos consciente de lo grande y musculoso que es su cuerpo.

Todavía noto el apuñalamiento que sentí en el pecho un año después, cuando sus padres, Mason y James, dijeron que se

quedaba con los abuelos de James en Estados Unidos, y que ellos también volarían allí para Navidad.

No solo faltó, sino que encima se llevó a mis tíos postizos con él.

—Podríamos hablar del tema, si quisieras —dice y cuando alzo la cabeza para mirarle, todavía parece más grande.

—No, gracias. Aunque hay algo que sí me gustaría saber, ¿harás lo mismo este año? Porque si es así, lo mejor sería que te quedaras solo. El resto de la familia Eriksøn echaría mucho de menos a los que sí quieren estar en casa por Navidad.

Esto parece enfadarle y no puedo negar que siento cierta satisfacción. O mucha.

Sin pronunciar palabra, ocupa el hueco frente a mí. *Ese olor. Dios no importa el tiempo que haya pasado, nunca podré olvidarlo.*

**Para*, no sigas por ahí.*

Los minutos pasan y siento que tengo una tormenta en la cabeza, de esas que me aterran, de las que tienen muchos rayos. Empiezo a marearme. *¿Y si no salimos de aquí a tiempo? Madre mía, he trabajado mucho para esto.* La tensión me aplasta el pecho.

—¿Cómo te va todo? —pregunta y me resulta extraño lo seguro que parece de sí mismo, como si hubiera estado preparándose para quedarse atascado en un ascensor conmigo.

—Hasta que he entrado aquí, de maravilla.

—Respira, Nea.

—No digas lo que hacer. Ni me llames Nea —le gruño.

Eso curva ligeramente las comisuras de sus labios, pero no borra la tristeza en sus ojos, ni la forma que tiene de mirarme.

Mi cabeza me lleva a *aquel* momento por mucho que no quiera revivirlo.



El fracaso clava sus colmillos en mis carnes. Sujeto el ratón del ordenador, pero no sé cómo sigo aferrada a la vida.

—No puede ser —se me llenan los ojos de lágrimas—. No… no puede ser.

—Cariño, no pasa nada —dice mi padre, al tiempo que mis dos hermanas me abrazan y mi madre se caga en los antepasados de quienes han enviado esa carta.

La envía la Universidad de Indiana North Star.

No he entrado.

No voy a poder estudiar donde lo hizo mi madre, donde se enamoró de mi padre. No sé por qué mis ojos buscan a Harvey de

inmediato, como si su rostro fuera el único lugar en el que puedo hallar verdadero consuelo.

Él ni siquiera me está prestando atención, está mirando la pantalla de mi ordenador con el ceño fruncido, moviendo el ratón que antes sujetaba yo.

Teniendo en cuenta lo fatal que nos llevamos, imagino que aprovechará para entrar en YouTube y poner algún momento estelar de sus propias competiciones, pero no lo hace. Solo lee la carta y luego me mira.

—Te estás poniendo roja, apnea, ¿estás aguantando la respiración? —pregunta con una sonrisa que se me antoja cruel y confusa—. Deberías acostumbrarte a leer las cosas hasta el final.

—¿Qué? —balbuceo con ganas de darle un mordisco a su estúpida cara simétrica.

—Has entrado.

—No.

—Sí, te han aceptado. Vas a estudiar en North Star.

Lloro más de lo que habría llorado de haber leído la carta hasta el final desde un principio. La alegría me desborda, igual que a todos los presentes.

A partir de ese día Harvey Lockwood no perderá oportunidad de recordarme lo tonta que puedo llegar a ser cuando me pongo nerviosa y lo hará solo con tres malditas letras.

Nea.



Cuando vuelvo al ascensor, veo que Harvey se ha quedado mirando mis manos como si buscara algo en mis dedos que no encuentra. Yo hago una lista mental de todas las putadas que nos hicimos a lo largo de nuestra infancia. Nada consigue alejarme de aquí lo suficiente.

C a p í t u l o 2

Linnea



Faltan cuarenta y tres horas para la mañana de Navidad.

Es curioso, me he esforzado horrores para alejarme de Harvey, casi tanto como él de mí, pero solo han hecho falta veinte minutos en un ascensor para tirar todo mi trabajo mental por tierra.

Ahora, en el aeropuerto a la espera de volar a Noruega, lo siento en el aire que respiro. Y no tiene nada que ver con que lo tenga a un palmo.

Que esté aquí con mi familia… *No, no tiene por qué significar que va a volver con nosotros. En absoluto.* Hay mil posibles opciones. Podría haber venido para cargar su móvil en uno de los enchufes del aeropuerto, por ejemplo. O puede que coja un vuelo hacia otra parte del mundo, es un aeropuerto muy grande.

Cuando mi padre, mi madre, mis dos hermanas idénticas a mí y yo nos subimos al avión, me doy cuenta de que sí, que estas Navidades los Lockwood sí estarán en Tromsø porque Harvey se viene con nosotros.

James y Mason le habrán obligado.

Ocupo mi asiento y me pongo los auriculares de inmediato. Por desgracia, eso no evita que hasta la última célula de mi cuerpo sea consciente de cuándo pasa por mi lado. Ząken Eriksøn me revuelve el pelo en un gesto de cariño y murmura «mi campeona» antes de seguir avanzando por el pasillo hasta sus asientos.

Mi padre quiere a Harvey como a un hijo y no solo porque lleve siglos siendo su entrenador. Lo ha visto crecer y lo quiere más allá del deporte. Mi madre dice que nunca habría podido ser mi entrenador porque quiere protegerme por encima de todo y que para Ząken Eriksøn, verme saltar por los aires en pleno yurchenko es

un orgullo y un horror a partes iguales. Mamá asegura que los caminos no-olímpicos que han elegido mis hermanas Sofie y Eline, son la razón por la que no se ha quedado calvo. Supongo que *upsss* por la parte que me toca.

—¿Eres Candy Forbes? —pregunta una mujer a mi madre antes de que se siente a mi lado.

Me encanta que la reconozcan. Fue mejor gimnasta de lo que yo seré jamás, pero no pasa nada, me siento orgullosa de ello.

Al sentarse a mi lado, me pone una enorme medalla de oro de chocolate en el regazo, esa con la que nos hemos pasado días haciendo ejercicios de visualización.

—Esto es tuyo, te la has ganado.

Me carcajeo y guardo mis auriculares. Me la como todavía con las de verdad al cuello. Nos dedicamos a mirar con tranquilidad los vídeos de la competición y cuando estoy a punto de dormirme dice…

—Tesoro mío, ¿podrías cambiarte el asiento con tu padre?

—¿Qué? —musito repentinamente despierta de cojones.

—Necesito su consejo para un enfoque distinto que quiero que tomes en las asimétricas.

—¿Quieres que le cambie el asiento a papá?

—Sí, solo será un rato, necesito hablarlo con él antes de proponerte nada. ¿Me haces el favor?

Mi madre no suele pedirme muchos favores, así que soy tan incapaz de negarme como de darle una patada a un gato. Me topo con Eline y Sofie de camino, están riéndose de algo que leen en su libro de romantasy de esta semana que tiene el grosor de una enciclopedia.

—Por favor, por favor, por favor, ¿alguna quiere cambiarme el sitio y sentarse con…?

—Oh, no, de eso nada. Imposible. Qué va —suelta Eline de carrerilla—. La muerte de Adrik Sevelor está a dos páginas de distancia.

—Tres, si seguimos releyendo el párrafo donde amenaza de muerte a Lord Abalor por jugar con la vida de su hija, que da la casualidad de que es el amor de su vida.

Acepto mi derrota y sigo andando. Puede que seamos trillizas, pero no nos parecemos en *nada*.

El color favorito de Eline es el negro, lleva cuatro piercings en la cara y le van los gritos. O sea, la música de gritos. *¿Peña gritando sobre un hilo musical?* Pues eso.

Sofie es de la clase de chica que nunca saldría de casa sin pendientes, tiene siete tipos de pijamas diferentes (todos le quedan genial) y enamora a todos los hombres con los que intercambia media palabra.

¿Y yo? Yo soy la rara. No sabría describirme con otros adjetivos. En el colegio saqué de quicio a alguna que otra profesora por eso, aunque no era mi intención. El quid es que no sé qué es lo que me define, dónde encajo. No tengo un color favorito, los uso todos. De pequeña, mi muñeca tenía el pelo de una hippie perturbada, un elegante vestidazo rojo digno de una villana Disney y unas botas suaves de andar por casa con forma de oso panda. Ah, y se me da de cine ponerme en situaciones en las que me siento incómoda. *Venga, encasíllame si puedes.*

—Perdón —digo interrumpiendo su conversación, esa que los tiene a ambos sonriendo de forma cálida y familiar. Me esfuerzo en no mirar a Harvey—. Papá, mamá quiere que vayas a hablar con ella de algo.

—¿Ahora?

No. Esto es un holograma. Puedes ir dentro de quince años. Ciao.

—Sí, ha dicho que si puedes, ahora.

Harvey se levanta para dejarle pasar. Papá se levanta para abandonarme a mi suerte.

Ząken Eriksøn se marcha y yo sé que él está esperando a que yo pase para volver a sentarse, que no puede ofrecerme el asiento de pasillo porque el tío de cuarenta y tantos que está en el de la ventanilla podría ser un ex-jugador de hockey porque es enorme.

Me trago mis deseos de huir, ocupo el asiento del centro y mientras me abrocho el cinturón, *porque soy de las que se lo dejan puesto durante todo el vuelo,* percibo por la visión periférica que Harvey levanta el reposabrazos que separa su asiento del mío para dejarme más espacio. Me cruzo de brazos para hacerme lo más pequeña posible y no usarlo.

Quince minutos después, me maldigo por no haber cogido mis auriculares mientras siento que me falta poco para quedarme bizca si sigo mirando con tanta fijación el asiento de delante.

Cierro los ojos y finjo que duermo. Nope. Tampoco puedo.

Acabo ladeando la cabeza hacia su asiento, convenciéndome de que él sí estará durmiendo a pierna suelta, pero resulta que me está mirando la mano que le queda más cerca. *Otra vez la mano. ¿Será algún fetiche?*

—¿Y el anillo? —pregunta, su voz profunda, grave, áspera y masculina retumbando por las paredes de mi cráneo y mi caja torácica.

—¿Qué anillo?

Frunce sus cejas rubias durante un breve segundo, tan breve que casi parece un espasmo. Luego su rostro se relaja y casi parece estar a punto de sonreír, como si acabara de ser consciente de que ha ganado un porrón de medallas. Él no las lleva al cuello como yo.

—¿Por qué no han venido tus padres? —me oigo preguntar, como si mi ego se hubiera ido de vacaciones y mi curiosidad me hubiera permitido dejar la máscara de frialdad y pasotismo a un lado.

—Trabajo. Nora necesitaba a Mason y no… —encoge un hombro, un gesto que traduzco en "no quería separarlos"—. El CMGA no son los Juegos Olímpicos.

Asiento.

—Enhorabuena por todas tus medallas —digo. Con tantas, las dos mías casi parecen un chiste—. Y gracias por mantener la calma en el ascensor. Me has ayudado.

—No tienes nada que agradecerme, catástrofe —dice con total seriedad, como si solo hubiera oído la última parte.

Me muerdo la lengua con fuerza repasando mentalmente, contra mi voluntad, todas las veces que tuve miedo y creí estar al borde de la muerte.

Cuando me clavé un cristal en la pierna y empezó a sangrarme cual fuente italiana, cuando un rayo estalló en el cielo de Tromsø y yo todavía estaba en medio del jardín, cuando me caí de cara corriendo sobre tierra húmeda y creí que una bacteria me había entrado por el ojo y que iba a comerme el cerebro…

Su respuesta siempre era la misma «tranquila, catástrofe, no vas a morirte por esto» y yo le creía.

Cada una de las veces.

C a p í t u l o 3

Linnea



Faltan veinticuatro horas para la mañana de Navidad.

No he dormido bien. ¿Y qué hago? Pues lo que haría cualquiera en mi situación. Tirarse encima de sus hermanas, que sí dormían, tentarlas con ficticias tortitas recién hechas y un desayuno juntas.

Me cuesta más sacar a Eline de la cama que a Sofie, pero solo porque Eline se muere cada vez que su cabeza toca la almohada. *En serio, esta no duerme, se va al más allá, lo que pasa es que resucita.*

Al cabo de treinta minutos estamos en el sofá, con los platos de tortitas vacíos, manchados de chocolate, y puede que a mí se me escape algo sobre lo rollo que es que Satán vaya a pasar las fiestas en Noruega. Y puede que ellas… bueno, sea escuchar la palabra «Harvey» y de inmediato se pongan a rememorar sus mejores momentos juntos.

—No sé si os acordáis, pero le odiamos —intervengo, paseándome delante de ellas con los brazos en jarras.

—¿Le odiamos? —pregunta Eline dudosa a Sofie.

—Yo no le odio.

—¿¿¿Hola??? Me rompió el coche descapotable de mi Barbie leñadora cuando tenía siete años y derramó su café a conciencia por encima del teclado de mi ordenador a los catorce. Es Lucifer. Es el demonio de los demonios. Es…

—En realidad, la del descapotable fui yo —dice Sofie alzando una mano mientras la traición me envenena, asfixia y ahoga.

—*¿Qué?* —es lo único que puedo decir.

—Bueno, es que estaba jugando con mi caballo de carreras y dije «eh, ¿y si mi pequeño tuviera su propio vehículo de transporte?». Pensé que cabría sin problemas, pero resultó que… nope, hubo problemas. Lo siento mucho, Lin.

—¿Por qué me lo ocultaste? ¿Y por qué aceptó la culpa Harvey?

—Él sabía que caeríamos como piezas de dominó —interviene Eline—. Sabía que Sofie lloraría al verte enfadada y dolida por su culpa, que yo lo haría por ver llorar a Sofie y que, por fuerza mayor, tú caerías con nosotras. Quiso evitarlo. Una de sus buenas obras.

—Es cierto que ver a Sofie llorar da mucha pena —admito, ligeramente sorprendida de que a él le importara.

—Lo hizo por ti, tonta —dice Eline, pero a palabras necias oídos sordos.

—¿Y qué hay de mi teclado de ordenador? ¿También fuiste tú, Sof?

—Uh-huh —sacude la cabeza.

—¿Eline? —me cruzo de brazos.

—No, yo tampoco fui. Pero si no recuerdo mal, días después mamá te compró uno nuevo.

—¿Y? —alzo una ceja.

—Pues que siempre estabas lloriqueando con que la «a», la «s» y la «d» fallaban todo el rato.

—Y que desde que se te partió la pantalla en dos, tenías que hacer malabares para entender lo que pasaba en el centro de la pantalla.

—¿Qué pretendéis decirme con eso?

Ambas comparten una mirada secreta que me resulta desquiciante.

—Creo que es evidente.

—Harvey lo hizo como favor.

—Estáis majaras. No podéis pretender que me quede aquí como un pasmarote mientras le dais la vuelta a todas las putadas que Harvey me ha hecho a lo largo de nuestras vidas. Me tuve que cortar la mitad de la coleta porque me pegó un chicle en el pelo.

—Le diste un rodillazo en las costillas cuando lo tenías encima, se le cayó de la boca.

—Eline —la fulmino con la mirada—. En la excursión de tercero, en primaria, se cargó mi tienda de campaña. ¿Qué me decís a eso, eh? ¿Se le cayeron las tijeras? Chloe y yo tuvimos que dormir con los profesores en la cabaña. ¿Sabéis lo rollazo que fue? No pudimos pintarnos las uñas, ni comer golosinas hasta tarde, ¡ni colarnos en la tienda de Sarah y Eve para hablar de a quién había besado Sarah esa semana!

—¿Pero esa noche no hubo una tormenta?

—Sí, una épica con truenos y relámpagos, lo recuerdo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Ambas se levantan del sofá y vuelven a la cocina. Les repito mi pregunta, pero no contestan.

—¿A qué vienen todos esos gritos, niñas? —pregunta mi madre bajando enredada en los brazos de mi padre.

Nos ponemos en plan «sálvese quien pueda» y yo acabo en el recibidor, cojo mi chaqueta y salgo al jardín, sí, en zapatillas.

Me he teñido de pelirroja, de rubia y también me he hecho mechas azules. He llevado gafas, lentillas, me he dibujado un eyeliner grueso o sumergido en ese trend de make-up-no-make-up-look. Digamos que solo ha habido tres cosas permanentes en mí, tres cosas que no han cambiado desde que tengo uso de razón: mi amor por la gimnasia artística, mi miedo a las tormentas y mi odio a Harvey Lockwood.

No sabría señalar cuál fue el detonante exacto de nuestra infinita batalla. Si bien es cierto que recuerdo adorarle cuando aun no sabía hablar, llevamos siendo el genera-putadas del otro desde hace tantos siglos que ya no recuerdo lo que era estar en buenos términos.

Pero estoy segura de algo.

Fue él. Él me declaró la guerra. Él decidió, por algún motivo, que yo no merecía la pena. Harvey fue quien decidió luchar por el título

de mi mayor archienemigo. Y se lo ganó. Sobre todo porque cuando tienes dos hermanas idénticas a ti, es todavía más sangrante ver que una persona hace distingos contigo. Sangrante y evidente. Súper evidente.

¿A Sofie o a Eline les gustaba un chico de su grupo de gimnastas? Él hablaba maravillas de mis hermanas para allanarles el camino. —> ¿En mi caso? Venía a casa si sabía que el guapísimo Tommy Köl estaba haciendo los deberes conmigo en el salón.

¿A Sofie y Eline les traía un cono de helado? —> A mí me estampaba el mío en la cara.

¿A Sofie y Eline les decía que estaban muy guapas el día de la graduación de instituto? —> A mí me miraba con fulminante seriedad, endurecía la mandíbula y se limitaba a no decir ni una sola palabra.

¿Tan difícil hubiera sido un «estás guapa, Linnea»? ¡¿Tanto?! Mi madre se había pasado horas haciéndome trenzas, *ho-ras,* llevaba un peinado muy complejo y precioso, y sinceramente, a mis dieciséis, me dolió su indiferencia, aunque me gustara fingir que no. Sus halagos eran tan escasos que solía atesorarlos y esa noche, con el vestido más bonito que había llevado nunca, me hubiera gustado recibir uno.

No fue así.

C a p í t u l o 4

Linnea



OBJ

OBJ ☃️🎄❄️

—¿Dónde está mi chaqueta? —pregunto en el recibidor.

Mamá y papá nos están esperando en el jardín para ir a cenar a casa de James, Mason y el criajo más insoportable de Tromsø.

Cansados de hospedarse en un hotel cada vez que tenían que vivir aquí, se compraron una casa cuando dicho demonio cumplió los tres años.

Me pongo el único abrigo que queda en el perchero y es enorme, además de oscuro y sosillo. Nada que ver con mi estilo.

—Desde luego, esa no es —dice Eline alzando una ceja mientras se abrocha.

—¿Seguro que no? —pregunta Sofie.

—¿A ti te parece que yo, Linnea Eriksøn, icono adolescente de moda en todo el mundo, elegiría algo que me hace parecer un espantapájaros con caspa de nieve?

—Nop —dice Eline.

—No sé, Linnea, parece que quien sea que lo ha dejado ahí, lo ha traído en mitad de la nevada. Y eso que la que caía hace un par de horas era una buena.

—Sofie —estrecho la mirada—, ¿qué me estás ocultando?

—Harvey te lo ha dejado.

—¿Qué?

—Y se ha llevado tu abrigo.

—¡¿Quée?!

—El otro día cuando fuimos al cine llevaste tu chaqueta…

—Favorita, mi chaqueta favorita.

—Sí, esa —prosigue Sofie—, y te congelaste de frío.

—No, que va —arrugo la nariz.

—Sí, te tuve que meter en mi abrigo y eso solo consiguió que me congelara yo también —me recuerda Eline en tono rencoroso.

—Piénsalo, Harvey solo se preocupa por ti, Lin.

¿Me sale humo de las orejas?

¿Estoy roja de rabia y mi cara está a punto de explotar?

—Venga, niñas —nos llama nuestro padre desde el jardín.

—Sí, moved el culo, que es la cena de pre-Nochebuena y no podemos llegar tarde —dice mamá, porque nosotros celebramos la pre-Nochebuena, la Nochebuena, la pre-Navidad, la Navidad, la post-Navidad y la despedida de la Navidad que a ojos de Candy Eriksøn no es idéntica a la post-Navidad, pero a los del resto del mundo… Bueno, mejor no digo lo que es a ojos del resto del mundo.

Gruño. Arrastro los pies. Dejo que Eline me abroche cuando lo que quiero hacer es salir ahí en jersey y nada más, y restregarle mi no-abrigo por las narices a ese metomentodo.

No sobreviviría con el frío que hace, la casa Lockwood no está tan cerca, pero soy lo bastante estúpida y orgullosa como para querer intentarlo, así que mi hermana tiene que tirar de mí un par de veces.

Cuando llegamos, el chico más odioso de mi instituto nos está esperando en el porche. Está con una taza humeante de chocolate

caliente, que ni de coña esconde su sonrisa triunfal, y un puñado de mechones rubios bailando sobre su frente peligrosamente cerca de unos ojos que en otra persona, que no fuera mi némesis, serían espectaculares.

Saluda a mis hermanas y a mis padres con esa dulzura encantadora que nunca he probado en mis propias carnes. A todos los trata con cariño menos a mí.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto clavando los tobillos en la nieve, negándome a subir los cinco escalones de la entrada, aunque tenga el culo congelado en este perfecto y calentito abrigo.

—Ya sabes. —Se encoge de hombros.

—No, no sé.

—Deberías subir ya, están sirviendo la cena y es de mala educación llegar tarde.

—¿De más mala educación que robar sin motivo?

—Oh, Linnea, motivos tengo de sobra.

Odio su manera de pronunciar mi nombre, como si fuera algo que le pertenece.

Me quito los guantes, los dejo caer y con las manos desnudas desabrocho el abrigo y lo dejo en el mismo sitio. Me cruzo de brazos

y alzo la barbilla. Me encantaría decir que la intensidad de su mirada no puede conmigo, pero casi me mueve del sitio.

—Póntelo o entra en casa. —Deja la taza en la barandilla decorada con luces navideñas y desciende un escalón, solo uno—. Linnea.

—No hasta que me devuelvas lo que me pertenece y me expliques por qué lo has hecho.

—Tú siempre te vistes como si no tuvieras espejos y los demás no tuviéramos ojos: amarillo con lila, verde con naranja… —deja de hablar cuando una bola de nieve choca contra su estúpida cara.

—¿Dónde está mi chaqueta, Harvey?

—A salvo.

—Lockwood, te lo advierto… —no concluyo la amenaza porque estoy muy ocupada cogiendo un buen puñado de nieve mientras estornudo a medida que los órganos vitales se me congelan.

Al alzar la cabeza Harvey está justo ahí y… maldita sea, ¿por qué tiene que sacarme cuatro cabezas? Es un año menor que yo. Es un mocoso de quince. Debería poder apoyar mi codo en su cogote sin necesidad de subirme a una puñetera escalera.

—Ponte. Mi. Abrigo.

—Devuélveme. Mi. Chaqueta.

Sus ojos sonríen. Mi pulso se acelera de forma errática, convencido de que esto no puede ser bueno.

Unas cuantas cosas pasan en los siguientes tres segundos.

La primera es que la voz de James Lockwood surge de dentro de la bonita casa, la segunda es que Harvey responde con un «ya vamos» y la tercera… es que antes de que pueda evitarlo, el niñato americano de las narices me ha cogido en volandas.

—¿Te has vuelto loco? —chillo en su oreja, aferrándome a su cuello porque si me caigo, será como despeñarse de un decimoctavo.

El muy capullo, encima, se ríe. Su carcajada grave y profunda retumba por mis vértebras, pero no dejo que eso me frene y sigo pidiéndole que me baje. No lo hace. No, hasta que entramos en su casa, me deposita en el suelo con delicadeza y cierra la puerta tras de sí haciéndome un gesto con la barbilla para que mueva el culo hacia el salón.

Ya sé lo que voy a pedir por Navidad: no haber conocido nunca a Harvey Lockwood.

C a p í t u l o 5

Linnea



Estas últimas semanas todos los integrantes de la familia Eriksøn-Forbes ha estado en Indiana, en North Star. Así que sí, esta noche es Nochebuena y ahora, *AHORA,* estamos empezando a decorar la casa.

Qué vergüenza, ni siquiera hemos podido celebrar ninguna «pre».

Los renos están ofendidos.

Rudolf nos va a retirar la palabra.

No puedo fingir que este no es uno de mis momentos favoritos porque nadie se creería una mentira tan burda. Mi padre prepara el mejor chocolate caliente del año y mi madre se asegura de que nos enfundemos en los pijamas cursis a conjunto que ha comprado para los cinco y solo entonces da comienzo la Navidad.

Más tarde, siguiendo con la tradición, Nora, Mason y Sofie cantarán desafinando un porrón de villancicos de Mariah Carey mientras James, Oskar y Eline bailarán dando un *cringe* que tira de espaldas. Este año el avión de mi tía Nora y mi tía Astrid no ha aterrizado antes que el nuestro, así que toca esperar.

Voy a la nevera con mi pijama de Santa Claus y saco mi tesoro: natillas de chocolate con sal.

—Premio de campeonas —me sonrío y cuando cojo una cuchara… lo recuerdo.



Tengo once años, faltan diez días para Navidad, vuelvo de correr alrededor de la casa. Han sido cuarenta y cinco minutos durillos, pero antes de irme a la ducha voy directa a la cocina, a comprobar

que todo sigue en orden. Mamá está junto a la isla, disfrutando de su obsesión: la mousse de chocolate blanco.

Abro la nevera e inhalo con fuerza soltando un chillido ahogado de puro terror.

—¡¿Dónde está mi postre?! —le pregunto ojiplática a mi creadora, con el corazón en la garganta.

—¿Qué postre, tesoro? —pregunta mirando el móvil distraída, probablemente mensajeándose con mi padre que es lo que suele pasar cuando no están en la misma habitación.

Extiendo mi mano en la pantalla porque esto es una emergencia.

—Mi postre. El postre. El que estaba reservándome para el jueves, después de la competición. Mi premio por el trabajo bien hecho.

—Ahhhh, el premio. Dices el cheesecake de frambuesa, ¿no?

—¡Pues claro! ¿Te lo has comido?

Se señala con el índice.

—¿Pero qué clase de monstruo crees que soy? —me acaricia el pelo—. Tesoro mío, todos los habitantes de esta casa te quieren mucho y nadie en su sano juicio se comería uno de tus premios. No cuando te dedicas a hacer dibujos y a pegarlos por todo el frigorífico.

Decido ignorar el tonito con el que dice eso último.

—¿Entonces que ha pasado? Tú estabas aquí, ¡has tenido que ver algo!

—Pues acabo de sentarme, no he…

—Está en el salón, intacto, con un tenedor, una servilleta y esta nota —dice Sofie entrando en la cocina con un papel en la mano que lee—: «Esto no sobrevivirá una semana en tu nevera. Tendrás que ganar sí o sí».

Reconozco la letra en cuanto cojo la nota. Se me llevan los demonios. ¿Me como la tarta? Por supuesto, ya no puede guardarse de nuevo. Pero ese no es el quid de la cuestión.

—Has atentado contra mi tradición —le digo por teléfono, mirando la cuchara que he dejado limpia—. Voy a fallar la competición del jueves por tu culpa.

—¿Te importaría desarrollar ese argumento, Eriksøn?

—Ya no hay premio que ganar, no hay aliciente. Voy a perder.

—Quién sabe, Linnea, igual te das cuenta de que no necesitas tus tradiciones chorra para ganar. —Y me cuelga.

C a p í t u l o 6

Linnea



Faltan 16 horas para la mañana de Navidad.

—¿Qué haces que no te vistes? —pregunta Sofie tirándose en mi cama con Eline al tiempo que Odessa y Liliana, dos de las cuatro hijas de mi tía Astrid, que han llegado de Finlandia hace una hora, caen en mi puf de pana con forma de gota verde y azul.

—Sí, no vas a tener tiempo de arreglarte —corrobora Eline sorbiendo su quinto chocolate del día, con el pelo tan revuelto que si

entra un pájaro ahí dentro no saldrá jamás, y el pijama navideño lleno de manchurrones de azúcar glass.

—Estoy buscando mi diario.

—¿Tu qué?

—¿Tenías tú de eso?

—¿De verdad sois hermanas mías?

—A veces yo también me lo pregunto —suelta Elina, ganándose un manotazo de Sofie.

—Perdónala, Lin, no se lo tengas en cuenta, no es ella la que habla, es el monstruo del azúcar. ¿Para qué buscas tu diario?

—Y yo que pensaba que me faltaban capítulos de esta historia —canturrea Odessa hincándole el diente a su gofre con forma de Santa Claus.

—Ya que todos estáis empeñados en tergiversar la realidad y mis recuerdos, pienso demostraros que Harvey Lockwood es, fue, y será siempre, un demonio. Eh, me estoy cansando de tantas miraditas silenciosas. Si no vais a ayudarme a buscar, ya os podéis ir largando —digo y entonces veo que se levantan. Las cuatro. A la vez—. Eh, ¡¿pero a dónde vais?!

—No podemos ayudarte a buscar algo que no… —Liliana no termina la frase porque Odessa le tapa la boca con la mano.

—Suerte, corazón —dice Sofie—, vendré a empujarte dentro de la ducha antes de que sea demasiado tarde.

Suerte es lo que me falta. Una hora y un gran estropicio después, lo único que he conseguido es sacarme a mí misma de mis casillas. *Ese debe ser el colmo de una tonta irritable.*

Me doy una ducha intentando quitármelo de la cabeza. Al salir, ni siquiera sé si me he aclarado bien el champú, me enfundo en un chándal cualquiera y sigo buscando.

Encuentro de todo menos lo que quiero. En mi armario hay ropa de GA, medallas de todo tipo, fotos de campeonatos, material escolar, álbumes, agendas, estuches que debería tirar, e incluso cuadernos de Eline y también de Sofie, y… Una libreta de matemáticas.

Sé que no es de ninguna Eriksøn, igual que sé a quién sí pertenece nada más verla, porque reconozco la mala letra de la portada. Se me cae de las manos y se abre por la mitad. Antes de que pueda convencerme de que me importa un pimiento, estoy agachada, hojeándola, burlándome de los errores que cometía el pequeño Harvey en sus ejercicios de matemáticas (muy pocos, para mi desgracia) y entonces lo encuentro.

Una hoja llena de… insultos.

Pero no cualquier tipo. Insultos que *yo* decía. Mi respiración se vuelve errática. Se me seca la garganta. Los leo todos, de principio a fin y tengo que reírme cuando paso por estornudo-de-mono-con-tifus.

¿Por qué haría Harvey algo así? ¿Por qué llevaría un recuento de mis tonterías?

Decido dejar para luego lo de comerme la cabeza, seguir con la búsqueda de mi diario y es entonces cuando encuentro una caja con «el paraguas» dentro. *Ese* paraguas. Me llevo una mano al pecho cuando el corazón me hace un sprint repentino que no viene nada a cuento.

Trago saliva con dificultad mientras lo recuerdo.

Nunca nos habíamos hecho regalos, ni en nuestros cumpleaños, ni en Navidad, ni nada. Pero cumplía dieciséis y mi novio, Randall Martins me había regalado lencería provocativa una semana después de que le dijera que todavía no estaba lista para acostarme con él.

Eline y Sofie me estaban consolando en el porche, asegurándome que había hecho bien en tirárselo a la cara y largarme de su casa cuando el muy imbécil me había insistido que tenía que dar el paso por él «si de verdad le quería».

Entonces Harvey apareció en nuestro jardín. No recuerdo por qué mis hermanas se fueron, pero sí recuerdo estar a solas con él y ni siquiera molestarme en pretender no estar llorando a moco tendido.



Endurece la mandíbula mientras sigue el recorrido de una lágrima a lo largo de mi mejilla, luego extiende su mano y miro el regalo envuelto que me ofrece.

—Cógelo.

—¿Qué es?

—Si te lo dijera no tendría mucho sentido que te lo hubiera envuelto, ¿no te parece?

Harvey no parecía estar teniendo un buen día. De hecho, parecía tener ganas de atravesar la pared más cercana con el puño así que supongo que lo que hay aquí dentro no quita el mal humor.

—¿Es una bomba fétida o algo así? —lloriqueo—. Porque no estoy pasando un buen momento, he dejado a Randall, y no me apetece nada que me…

—Tú ábrelo —pide sentándose a mi lado.

Lo hago, imaginando que si fuera algo pestilente o doloroso, no se pondría tan cerca. Rompo el papel, abro la caja y veo un paraguas lila, de topitos, siendo cada topo de un color diferente. Las varillas son de un rosa intenso y el agarre es amarillo.

Jadeo porque es súper yo.

Mi corazón tiembla por un motivo distinto.

*—Harvey, es… es perfecto —*ganas de llorar aumentando**

—Feliz cumpleaños, Linnea —dice en tono dulce y cuando le miro, me pregunto si es la única persona en el mundo que me conoce.

Se marcha sin decir nada más y se lleva consigo las ganas que tenía de llorar. Al día siguiente Randall aparece en el instituto con un ojo morado y no vuelve a dirigirme la palabra.



Nunca usé el paraguas. Tenía demasiado miedo de que le pasara algo.

Mi sonrisa desaparece con el shock de encontrar el diario justo debajo de donde guardaba la caja del paraguas.

Le soplo el polvo y toso cuando me lo trago, se me mete en los ojos y empiezo a estornudar. *A veces parezco tonta.* Abro el pesado libro y todo cuanto leo tiene relación directa o indirecta con él. No me sorprende. Aun así, no encuentro *nada* de lo que buscaba.

Linnea (14), junio: hoy he ido a ver la tumba de Birgit porque la echaba de menos. He tenido la mala suerte de encontrarme a Harvey de camino a casa y como no, hemos acabado discutiendo que no veas. ¡¡El ni siquiera tenía que estar en esa montaña, jolíiiiin, qué mala suerte tengoooooo!!

Linnea (15), marzo: hoy Harvey le ha puesto pegamento líquido a mi cuaderno con forma de corazón, mi favorito, el que uso siempre para escribirle notas a Randall. ¡¡Le odio!!

Linnea (14) septiembre: Harvey Lockwood ha venido a una competición con mi cara impresa en su camiseta. Salía estornudando, despeinada y con la varicela. Nunca. He. Pasado. Tanta. Vergüenza.

Linnea (16), agosto: los chicos apestan. En especial el niñato insoportable de los Lockwood. ¿En qué cabeza cabe que ese mediomoco (que al parece no va a parar de crecer hasta medir dos ~~putos~~ metros) sea el culpable de que *yo,*

una chica un año mayor que él, **no consiga una cita con Bobby del equipo de baloncesto? ¡¿Qué narices le he hecho para que siempre me torture?! He intentado convencer a papá de que nos mudemos… no ha cuajado la cosa. Probaré con mamá.**

¿Es posible que haya estado equivocada con él?

Recuerdo lo que ocurrió aquella noche, la que siempre vuelve a mi cabeza a cargarse el silencio. La razón por la que no he podido… superarlo.

C a p í t u l o 7

Linnea



OBJ

OBJ ☃️🎄❄️

Es dos de enero. La Navidad ya ha acabado. Tengo diecinueve lo cual implica que mañana vuelvo a North Star y yo, como buena adicta a los villancicos y las galletas de jengibre, estoy de muuuy mal humor.

Odio que se acabe.

Odio recoger adornos y dejar de ver renos de nieve dibujados en las ventanas.

Además, anoche tuve que confesarles a mis hermanas, bajo un «verdad o atrevimiento» al que ni siquiera había aceptado jugar, que durante un tiempo… estuve un pelín colgada de Harvey.

No es que no tenga autoestima y me encante que me irriten hasta la saciedad, es que durante un tiempo Harvey… me empujaba a mi versión más lanzada y menos aterrada por las consecuencias. Una capaz de colarse en su casa e inundarle la almohada de nata en spray, de llenar su taquilla de canicas y de cambiar su ropa de GA por un outfit mío.

Era una cría de doce años impresionable, no me lo tengáis en cuenta. Todos tenemos derecho a ser idiotas en algún momento.

—¿Por qué estás de morros? —pregunta Harvey acercándose al árbol que estoy desnudando de toda magia.

—Piérdete.

—Uhhh, Grinch, ¿qué pasa?

—Nada.

—¿Te ha dejado tu novio? ¿Es eso? —pregunta a lo que le lanzo un par de bolas que pilla al vuelo.

Lo cierto es que sí.

Había salido con Bobby un año y medio, y me dejó antes de ayer por WhatsApp en un mensaje que ni siquiera era muy largo. Me

conozco, sé que voy a tardar semanas en recomponerme y ni siquiera estaba enamorada de él.

Soy lenta para esas cosas.

Mis heridas sangran durante mucho tiempo.

Por eso me he prometido no volver a salir con nadie hasta que termine la universidad. A partir de ahora solo tendré rollos y la única relación estable la mantendré con la gimnasia artística. Punto.

—¿Qué estás haciendo?

—¿A ti que te parece que estoy haciendo?

—Vaya, ¿te dignas a ayudar? Y yo que creía que estabas ocupado con tu novio.

—¿Kásian? —se carcajea poniéndose una estúpida bufanda navideña.

Una que yo le hice hace años cuando no tenía pasta para hacerle un regalo y tuve la mala suerte de que me tocara él como amigo invisible. Esperaba haber escogido la lana que más picase de todas, pero por lo mucho que se la pone, diría que no acerté.

—Sí, Kásian. Deberías dejar de acosarle, ¿sabes? Ya está pillado —le digo desde las alturas, subida en una pequeña escalera para alcanzar la estrella.

—¿Es que estás celosa? —su voz grave hace eco en mi caja torácica—. ¿Es esta tu manera de reclamar mi atención, Nea?

Nea.

Creo que me han pegado garrapatas porque un cúmulo de vibraciones me sacude todo el cuerpo. Estoy a punto de acusarle a él hasta que me doy cuenta de que los Lockwood ya no tienen perro, que el viejo Alfil murió hace años. Me hace pensar también en la abuela Birgit. La echo de menos. Su risa. Sus excentricidades. Su manera de apretarme la mejilla en la medida justa para hacerme sentir querida sin hacerme daño.

Ojalá me hubiera visto graduarme. O ganar mi primera medalla.

Dios, todavía tenía demasiados consejos para dar. La echo mucho de menos.

Y sé que mi padre también. A veces, cuando se sienta en silencio en el patio exterior sé que está pensando en ella. Nunca se molesta si decido acompañarlo.

—Deja de darle vueltas a lo que sea que estás pensando, Nea. No me gusta.

Doy un respingo y vuelvo a mirarle. Debería ser ilegal ser así de guapo. Carraspeo, pero el nudo en mi garganta no desaparece.

—Justo cuando creía que des-decorar el árbol de Navidad no podía ser peor, vas y llegas tú.

—Estoy seguro que des-decorar no es una palabra de verdad.

—Y yo estoy segura de que iremos más rápido si no hablamos.

—¿Birgit?

Mis hombros ceden.

—Y Alfil —musito mordiéndome la lengua—. Y… Bjørn.

No soy capaz de pronunciar su nombre sin sentir un navajazo en el estómago.

Harvey asiente apretando la mandíbula mientras pienso en lo rápido que el cáncer pulmonar consumió a mi tío. A él voy a pasarme la vida echándole de menos. Estoy segura.

Parpadeo deprisa con tal de evitar derramar nada. Me inclino para coger un muñeco de nieve brillante y me tambaleo en la escalera.

Ya puedo imaginarme cuánto va a doler el golpe. Ya puedo sentirlo en mis carnes, pero el impacto… nunca llega. Una de las inmensas manos de Harvey me agarra del brazo, bajo la axila y solo con eso estabiliza mi cuerpo entero. A sus dieciocho, es tan fuerte como un muro de hormigón.

Él no me suelta.

Yo no hago por incorporarme.

Trago saliva mientras Harvey me hipnotiza con su iris irradiando… No, es imposible. De repente la electricidad de toda una central se arremolina y anuda en mi estómago. Dejo de respirar.

Un instante después, me besa.

Abre mi boca con la suya y si fuera una pared acabaría de tirarme abajo. No es tierno, es demandante, es exigente y… ¡Joder, con el alto voltaje! El beso se vuelve algo de mutuo acuerdo en cero coma.

Un leve choque de dientes.

Un reclamo a gritos.

Su lengua se desliza por la mía derramando lava en la parte baja de mi abdomen. Viaja hasta el fondo de mi boca, retrocede y vuelve a entrar más profunda y segura, mientras yo me imagino lo que sería tener otra parte de Harvey así, en la boca.

Su mano libre se aferra a mi cintura mientras yo sumerjo mis dedos en su pelo rubio en un intento de atraerlo más hacia mí. Harvey lee mi mente, da un tirón a mi cuerpo y un parpadeo después ya le estoy rodeando la cintura con las piernas.

La fricción.

Su agarre.

El condenado beso.

Voy a explotar.

No sabía que existían besos así. Sus manos están por todas partes, agarrándome la nuca, acariciando y apretándome el culo con posesión. Muevo las caderas contra él y entonces… entonces….

Entonces me doy cuenta de lo que estamos haciendo, gracias a dios, y le pido que me suelte. Lo hace de inmediato y por supuesto que no me sorprende.

—Linnea.

—No. No —remarco el segundo con énfasis.

Es lo único que le digo antes de apartar la mirada de sus labios enrojecidos y largarme. Él me sigue.

—¿Por qué no?

—¿Estás de broma? Eres casi mi hermano.

—No hay nada de lo que yo quiero hacerte que sea digno de un hermano —suelta.

A duras penas consigo dejarlo atrás. Salgo de casa porque necesito que me nieve encima durante tres horas. Tengo el corazón en la puta garganta.

—Linnea —baja los escalones tras de mí.

—¿A qué ha venido eso? ¿Es que se te ha ido la olla? ¡Me has besado!

Se encoge de hombros.

—Tú también me has besado a mí.

Ahí tiene más razón que un santo.

No dejo de pasearme de un lado a otro. Parezco una loca en la nieve. Él en cambio, parece estar bien, relajado, chill.

—Esto no puede volver a pasar.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien. No me gusta.

—¿Sueles gemir así cuando no te gusta un beso?

—Yo no he gemido —puede que sí, puede que un montón.

Asiente como si mi negación fuera adorable. ¡Argh!

—Una cita —dice—. Tengamos una. Tú y yo.

—Voy a llamar a emergencias porque es evidente que se te está encharcando el cerebro de algo turbio y preocupante. Pediré una ambulancia y… —Me agarra de la muñeca, me quita el móvil y se lo guarda en el bolsillo delantero del jersey con complejo de sudadera.

—¿De qué tienes tanto miedo, Nea?

Es cierto que lo tengo. Estoy aterrada. Temblando. Fría y ardiendo al mismo.

Y él. Me está. Tocando.

Pienso en mi reciente promesa de no salir con nadie y madre mía, lo rápido que la mandaría al cuerno si lo que acabo de sentir en ese beso hubiera sido compartido con cualquier otro hombre.

Pero no.

Es Harvey.

*Él no sale con nadie más de dos semanas y si nos acostamos, *deja de imaginártelo*, nunca podremos volver a esto. Yo no podré volver a esto, y resulta que «esto» me gusta.*

Puede que deteste nuestra manera de discutir o que de forma secreta, me encante sacarle de quicio. Pero de lo que estoy segurísima es de que sé que puedo contar con él y si lo pierdo… si perdiera eso yo no sé como…

—Habla conmigo. Dime lo que piensas —pide con voz tranquila, dulce, como si no hubiera nada que pudiera decirle que no fuera a rebatirme con argumentos.

—Pienso que no quiero tener una cita contigo, ni media. Ni ahora, ni nunca.

Parece dolido.

Creo que acabo de generarme una úlcera estomacal.

—¿Por qué no?

—Ya estoy enamorada de otra persona, Harvey. Un chico de North Star de último curso. Por favor, haz como si esto nunca hubiera pasado. Ha sido un gran, gran, error —digo y esta vez cuando me marcho, él no me lo impide.

Al volver a clase, nos cruzamos a veces por el campus y cuando su iris no es gélido y afilado, se dedica a lanzarme miradas muy claras del estilo «¿tu novio es Casper?». Así que tengo que buscarme a un chico de último curso con el que salir. Encuentro a Erik Kesedi, del equipo de baloncesto. Les cuento a mis hermanas lo necesario para que me cubran, obviando el beso.

A partir de entonces Harvey me deja en paz, pero hacen falta meses para que yo pueda oír su nombre sin temblar como una hoja.

Las siguientes navidades son las primeras que Harvey Lockwood no pasa en Noruega.



No puedo frenar el impulso.

Cojo unas deportivas, el abrigo y voy a su casa.

C a p í t u l o 8

Linnea



Una capa de nieve blanda cubre el bonito tejado a dos aguas de los Lockwood, adornado con una chimenea de piedra que siempre está humeando.

La fachada de madera pintada en rojo falu muestra ventanas pequeñas con marcos blancos, cortinas de lino y luces tenues y acogedoras.

Siempre me ha encantado su porche, tiene dos bancos de madera blanca, pero uno cuenta con unas margaritas talladas en el

brazo. De repente soy consciente de todas las tardes que me he pasado aquí. De que Mason y James nunca se cabrearon conmigo por todas las cosas que le hice a Harvey, de la misma forma que mis padres tampoco lo hicieron con él. *Nos dejaron a nuestro rollo desde niños, como si las putadas que nos hacíamos fueran inofensivas.*

Toco la puerta con los nudillos un par de veces y reprimo el impulso de llamar a mis tíos postizos a gritos porque no quiero que él sepa que estoy aquí.

—Hola, tío Mason, ¿está…?

—¿Han llegado Nora y Astrid? —pregunta ansioso.

—Ha llegado Astrid, su marido, sus hijas y Oskar —el marido de Bjørn—, pero Nora y *su* Oskar todavía nop.

—Qué ganas tengo de esta fiesta de pijamas —admite apretándome las mejillas, sin perder un ápice de su aura de tío-guay porque tiene demasiados tatuajes para perderla.

—¿Está Harvey arriba?

—En la ducha, pero puedes esperarle en su cuarto si quieres. Darle un buen susto o lo que se te ocurra.

Le sonrío y él me guiña un ojo.

Es genial que ni siquiera me pregunte qué narices hago aquí si en cosa de quince minutos tenemos que estar todos en mi casa.

Subo dando zancadas. Cierro tras de mí y oigo el agua corriendo en la ducha de la habitación contigua. *Tengo que demostrarme a mí misma que es un cretino y aquí debe haber pruebas a patadas. Es la cueva del demonio. Donde planeaba todas sus maldades.* Abro un par de cajones a lo random, encuentro ropa interior y preservativos.

—Ew —me obligo a decir en voz alta mientras toda clase de imágenes mentales en las que *no* quiero pensar se reproducen sin mi permiso y me roban el aliento.

Perdí la cuenta de cuantas gimnastas me pidieron su número a lo largo de los años. Él no salía con ninguna, sus ligues nunca eran gimnastas. *No le deben gustar.*

Eso hace que me sienta todavía menos especial.

Encuentro fotos con sus padres, con los míos, encuentro medallas y cosas típicas de un universitario como relojes y un par de mandos de la Xbox. Abro su portátil y sorpresa, sorpresa, no tiene contraseña.

—Beneficios de no tener hermanas cotillas, imagino.

Busco en sus carpetas, pero solo encuentro trabajos de arquitectura, del grado que está cursando en North Star.

Ni siquiera encuentro porno, es frustrante.

El wifi vuelve a preguntarme si quiero conectarme a los datos de mi móvil y cuando voy a decirle que no, apretando el ratón frustrada con más fuerza de la necesaria, se abre el desplegable de todas las redes a las que puede acceder. Entonces leo "Nea_Only" y me quedo helada. Porque me acuerdo. De aquel día. *Ese* en la biblioteca cuando se cayó el wifi, pero yo pude enviar mi último trabajo del insti gracias a…

Me levanto de golpe y la silla cae sobre su respaldo.

Creí que habían sido Eline o Sofie, ya que la contraseña era la fecha de nuestro cumpleaños y era a ellas a las que me había estado quejando de que si no terminaba esa misma tarde, el agotamiento acabaría conmigo y…

Como si hubiera liberado una presa en mi pecho, la terrible verdad pasa a través de mí. La razón oculta por la que Harvey Lockwood me trataba diferente al resto del mundo.

Me cuidaba desde las sombras. *Joder. Joooder.*

—Nea —dice a mi espalda.

Me giro y solo lleva una toalla en la cintura. No estaba preparada para ver todos esos músculos definidos adornados con gotitas de agua a medio secar. No estaba preparada para *él*. Tampoco para sus ojos azules más cálidos que nunca.

—Tú… —retrocedo hasta que me choco con su escritorio con la garganta ardiendo, los pulmones inservibles y el pulso acelerado—. Estabas enamorado de mí.

C a p í t u l o 9

Harvey



Harvey siete años

La profesora Johansen, de lengua, me llama al acabar la clase para hablar de mi redacción. Mis amigos me esperan fuera de clase con cara de «voy a pensarme lo que llevo a tu funeral» y yo me tenso. Por eso lo primero que le pregunto al quedarnos solos es:

—¿Estoy castigado?

—No, Harvey, claro que no —sonríe con amabilidad—. Solo quería felicitarte.

—¿Por qué?

—Porque has escrito algo precioso. Tu redacción es tan buena que podría ser de un niño dos cursos por delante del tuyo. Tienes mucho talento, ¿te gustaría ser escritor?

Sacudo la cabeza.

—Gimnasta. Soy gimnasta.

Me hace algunas preguntas más acerca del tema, como si ella también quisiera ser atleta. Es un poco mayor, creo que tiene el pelo blanco desde hace ya muchos años, aunque igual cuando se jubile… si entrena muy duro…

—Quería preguntarte sobre quién has escrito la redacción, sé que os dije que debía ser anónima, pero me gustaría saber quién es la increíble chica que describes. Parece importante para ti.

Miro la redacción que está sobre su mesa y solo entonces me doy cuenta de que no la he escrito de mi padre, James, como pretendía. La he escrito de Linnea. Los ojos no se me pueden abrir con más horror.

Siento que me arde la cara y mi profesora me lo corrobora.

—¿Puedo irme? —pregunto después de que me diga tres veces que no hay razón para que me dé tanta vergüenza.

En cuanto me lo permite, cruzo la puerta de clase lo más rápido que puedo.

Capítulo 10

Harvey



Harvey dieciséis años

Cojo dos autobuses y un tren, pero llego a tiempo. El pabellón huele a barniz nuevo y a perritos calientes. La gala benéfica está a punto de comenzar y fijo que si alguien reparara en mí, se darían cuenta que no tengo permiso para estar aquí. Mis padres creen que mi brazo en cabestrillo me tiene depre y que he decidido acostarme pronto.

Voy a ir al infierno, soy consciente, pero nadie de la familia podía enterarse de esto.

Una voz masculina la presenta a través del altavoz cuando consigo un asiento de esquina. «Linnea Eriksøn, exhibición en salto de mesa». Aparece en las pantallas vestida de rojo y con el moño repeinado. Lin se detiene ante los tres niños en silla de ruedas, se acerca a una sonriente niña calva y le regala las pulseras que llevaba en la muñeca. El público se derrite. Veo a los Eriksøn en las pantallas mientras Candy y su hija se colocan en posición. Se me cierra la puta garganta cuando echa a correr.

Sé que puede, que puede hacer cualquier cosa que se le meta entre ceja y ceja, pero no llevo bien lo de verla en peligro.

Hace un puto yurchenko espectacular y cuando aterriza, me imagino que me mira a mí. Durante un instante lo parece, pese a lo lejos que estoy. No me quedo a ver cómo le dan su medalla, lo cierto es que nunca me quedo hasta el final para que no me pillen, pero necesito estar ahí. Formar parte de su historia. Aunque ella no vaya a saberlo… no hasta dentro de muchos años, cuando me la merezca.

Al cruzar la puerta de salida, observo mi reflejo con el brazo en cabestrillo y me comparo con ella y su plaza preolímpica. *Yo también voy a conseguirlo y entonces, te pediré lo que siempre he querido.*

A la mañana siguiente me despierto más duro que una puta piedra tras soñar con ella. Otra vez. Esta vez la razón está en el piso de abajo. *O igual puedo empezar a aceptar que la razón vive en mi cabeza 24/7 y que tengo un canal de porno exclusivo con ella.* Y con porno quiero decir *mi porno*: Linnea estudiando, Linnea riéndose, Linnea discutiéndomelo todo, Linnea con un vestido de mariposas multicolores… Hace días que fue Navidad así que hoy celebramos la post-Navidad con los Eriksøn.

Mira, mejor no preguntes.

Con el brazo como lo tengo, lo de las rápidas duchas de agua fría no es una medida viable que digamos. Al menos, no lo de rápida. Así que decido ocuparme del problema con mi mano buena.

Error. Gravísimo error.

En mi defensa, no esperaba que un minuto después de tomar esa decisión, Linnea Eriksøn irrumpiera en mi habitación sin llamar. A duras penas tengo tiempo de doblar las rodillas y crear un bulto mayor bajo mi colcha.

—¿Es que no sabes llamar? —gruño jadeante sin mover un puto músculo.

No me faltaba nada. ¿Y si llega a pillarme dos segundos después cuando…?

—Si quieres intimidad haber instalado un cerrojo —dice sentándose a los pies de mi cama.

Su preciosa cara sonriente hace que la polla me dé un latigazo.

—Vete. *Ahora*.

—Estás gruñón, pero he venido a ayudar, Lockwood, porque soy así de misericordiosa y encantadora. Quería saber si necesitas ayuda con el brazo. Ya sabes, que señale todo lo que te parece mal o que escriba algún post en Instagram sobre lo mierda que es todo.

—No necesito ayuda de nadie y tuya menos todavía —digo intentando no imaginarme que *me ayuda* de verdad con mi… *problema.*

Joder, soy un cerdo. Me desprecio. Y ella es… joder, joder.

Aparto la vista de sus labios y veo que tiene la mirada baja, hacia el suelo. Luego se encoge de hombros, suelta un «vale» y se larga dando un portazo.

C a p í t u l o 1 1

Harvey



Harvey diecinueve años

Me las encuentro en el campus. Sí. No tiene nada que ver con que esté en el edificio en el que tienen clase, a tres de distancia del mío. No.

—Eriksøn, ¿tenéis un segundo?

—Lockwood, hola —Sofie mueve la mano a modo de saludo.

—En realidad, teníamos algo de prisa… —dice Eline que está esquiva conmigo desde hace un tiempo, como su otra hermana.

—Solo será un segundo. ¿Linnea sigue saliendo con Erik Kesedi? No les veo juntos nunca y…

—Ohh, sí, claro. Desde luego. ¡¡Por supuesto!! —exclama Eline nerviosa y de carrerilla.

Miro a Sofie y me sonríe con lástima y los labios apretados, así que imagino que van en serio. Me froto el cuello con la palma, la mandíbula y luego me cago en mi puta vida y en la de Kesedi.

Sé que esto que voy a hacer no está bien socialmente hablando, pero a la mierda.

—Quiero pedirle una oportunidad a vuestra hermana —ambas inhalan de sopetón—. ¿Sabéis dónde puedo encontrarla?

—No —musita Sofie.

—¡Se van a casar! —revienta Eline, como si las palabras le salieran solas, ajena al hecho de que me atraviesa con cada una—. No puedes pedirle nada, Harvey. Esta enamoradísima. Hace un par de semanas que Erik le dio el anillo y todo. Mejor no hagas nada.

Eline sigue hablando, pero yo dejo de escucharla. *No puede haberlo dicho en serio.*

Su voz se ahoga en una especie de zumbido subacuático y es como si todo North Star se hubiera hundido de golpe y yo siguiera

aquí en medio, en el pasillo, respirando bajo el agua con los pulmones llenos de putos cristales.

—Eline —murmura Sofie dándole un golpe, imagino que lo hace porque no debía contármelo todavía o para que deje de hablar.

—Perdón por soltarlo así, pero es lo que quiere Linnea —se encoge de hombros con la disculpa impresa en la cara—. Yo solo transmito la información que tengo.

—Hablando de tener, tenemos clase y vamos a llegar tarde, así que… —dice Sofie, pero les corto el paso.

—¿La hace feliz? —no pronuncio esas palabras, me las arranco de la garganta.

—Linnea quiere esto —repite Eline al tiempo que asiente.

Después tira de su hermana y ambas desaparecen de allí.

Capítulo 12

Linnea



Faltan catorce horas para la mañana de Navidad.

—Tú… —retrocedo hasta que me choco con su escritorio—. Estabas enamorado de mí.

—No.

—¿No? —*Au. Reconozco que esa no era la respuesta que esperaba—.* Va… vale. Pues…

—No hables en pasado, Nea. Lo estoy. Siempre lo he estado. —Sonríe como un crío y es contradictorio porque es una mole de

músculos y *todo un hombre*—. Joder, qué bien sienta decirlo.

—No lo entiendo, tú me… me has fastidiado siempre.

—Cada uno se declara como puede.

—¿Decla…? Tú no te has declarado *nunca*.

—Indirectamente, lo he hecho miles de veces.

—Cállate un segundo y deja de ser tan sincero antes de que me dé algo. —Me apoyo en su escritorio y él se queda ahí, parado, como si no estuviera medio desnudo—. Harvey, ¿hablas en serio?

—Hubo un tiempo que de haberme sincerado, solo hubiera conseguido alejarte de mí porque era un niñato más pequeño que tú y cuando tienes ocho años esas cosas importan mucho.

—¿O-ocho…? —tartamudeo mientras se acerca.

—Años después, me di cuenta de lo increíble que eras. No me malinterpretes, siempre lo había sabido, por eso te adoraba así. Pero me di cuenta de hasta qué punto y también de que para sentirme merecedor de alguien como tú debía… No lo sé, conseguir más medallas.

—¿Estás de broma?

—Tú eres buena en cualquier cosa que pruebas o tocas, todos te quieren, eres increíble, Nea. Si no destacaba en la GA por mi

disciplina, mi entrega y mi compromiso, ¿por qué mierda ibas a elegirme a mí?

Quiero decir muchas cosas y todas a la vez.

Que más bien soy un cono en todo lo que pruebo. Que puedo darle una lista de personas que no me quieren ni ver. Que él es el popular, el sociable, el que se hace un hueco donde sea que vaya y si no hay uno, la gente se lo crea porque le adoran.

«Por eso te adoraba así». Dios. Dioooos.

—¿Estás respirando? —su mano acaricia mi costado y el contacto me achicharra.

—No —admito tragando saliva.

—Sé que has roto con Erik. Que no vas a casarte con él.

—¿Casarme?

—Quiero que me des una oportunidad, ahora. Por favor. Déjame demostrarte lo bien que te cuidaría. Nea, yo no puedo querer a otra persona, para mí solo… Eres tú, ¿vale? Siempre has sido tú. —Su pulgar acaricia mi mejilla y se lleva la lágrima que se ha escapado en contra de mi voluntad y sin venir a cuento porque yo *no* estoy llorando.

—Nunca hubo ningún Erik. Me lo inventé.

Se le abren los ojos. Espero que se ofenda, que se aparte, que me diga de todo, pero sonríe de manera torcida y los pulmones se me inundan de su olor picante y especiado.

—Joder, qué feliz me hace oír eso.

—Pues no sé por qué. No debería. Lo hice para alejarte —me escabullo de entre sus brazos, pero no consigo distancia real. En esta habitación siento que soy yo la que está desnuda, que no hay barreras entre nosotros—. Harvey, tú y yo… —sacudo la cabeza—. No va a pasar.

—¿Por qué no?

—Porque tú no sales con nadie durante más de dos semanas. Saltas de una chica despampanante a otra y yo no… No me eres indiferente, ¿vale?

—Acabo de decirte que te quiero.

—Dios mío.

—Vale, puede que no lo hubiera dicho con esas palabras, pero me habías entendido.

—Puedo hacerme una idea de cómo consigues que todas las chicas en las que te fijas se desnuden en cero coma, créeme*, en serio.* Pero yo no puedo ser una más. Me importas mucho y para mí darte una oportunidad… Harvey, no sería solo sexo.

—¿Crees que lo que te he dicho no es más que…? —endurece la mandíbula, ligeramente ofendido, guapísimo, furioso y un millón de cosas más. Asiente y camina hacia su armario. Empuja la puerta corredera de golpe y doy un respingo. Saca lo que parece un álbum. Es tan grande y pesado que no sé cómo no hace un agujero en el escritorio cuando lo pone encima. Harvey lo abre y veo que no hay fotos, o no solo—. Acércate.

Resulta que ese tono mandón me hace algo dentro porque obedezco.

—¿Qué es todo esto?

Un recorte de periódico donde anuncian mi plaza preolímpica bajo el titular «orgullo local» que está subrayado.

Billetes de autobús a punta pala.

Un pétalo prensado del ramillete que llevé a mi graduación de instituto.

El recibo de la compra de mi paraguas predilecto.

Una foto de un examen en el que saqué un diez.

Un puñado de fotos mías, sonriente que te mueres.

Un trozo de cartón del envase de la pastelería con los mejores cheesecakes de la zona.

—Cosas que perdías o que me recordaban a ti. El maldito adorno que te volvía loca —coge el precioso árbol de Navidad hecho de madera y purpurina.

—¿Has estado robándome mis objetos favoritos?

—Puede —dice como si no pensara disculparse—. Pero no lo cogí de tu habitación. Imagino que Alfil lo debió arrastrar del suelo de vuestra casa hasta el jardín porque allí fue dónde lo encontré yo. Decidí guardártelo, protegerlo de tus despistadas manos.

Creí que se había perdido entre las cajas de adornos.

No me di cuenta hasta el año siguiente.

No era la primera vez que lo perdía.

—¿Porqué lo guardarías? —le miro, pero no le veo bien a través de las lágrimas.

—Sabes por qué, ya te lo he dicho. —Se acerca, pero no llega a tocarme.

—¿Y esta foto? —pregunto al desviar la mirada. Es de una gala benéfica a la que Harvey ni siquiera fue y hay más, otros eventos en los que él tampoco… —. No lo entiendo.

Se sonroja y se pasa una mano por el pelo mojado, un par de gotitas caen en mi sudadera.

—Iba a verte.

—¿Cuándo?

—Siempre.

—¿S-siempre?

—Sí. Linnea, solo te lo pediré una vez más. Si dices que no, no volveré a insistir —exhala despacio—. Dame una oportunidad.

—¿Por qué yo? Tengo dos hermanas idénticas mucho más interes…

—¿Idénticas? ¿Estás de broma? No hay nadie que se parezca a ti, Nea. Ni remotamente. Sé la clase de persona que eres. Sé que finges que nada te duele tanto porque crees que tu obligación con los que te rodean es alegrarlos y nada más, como si no tuvieras puto derecho a ser un ser humano. Por eso no cuentas a nadie lo mucho que vas a ver la tumba de Birgit, y sobre todo la de Bjørn, al cementerio cuando estás en casa. Sé que crees que Eline es la que siempre trae discusiones a la mesa y Sofie la que apacigua las aguas, y que tú eres invisible. Que es eso lo que te hizo aceptar a idiotas como Bobby y Randall. Pero nunca lo has sido. No para mí. No, por mucho que lo intentes.

Mi corazón sale volando. Qué tonta he sido. Cuánto tiempo perdido. Me llevo una mano temblorosa al corazón, respirando como puedo.

—Tengo miedo, Harvey.

—Yo también. Tengo un miedo atroz de no tenerte nunca. De que te alejes de mí. De que me obligues a esperarte una vida entera, pero Nea, es lo que haré.

—Bésame. Por favor, Harvey, bés… —me agarra de las mejillas, me inclina la cabeza y hace de mi boca su territorio conquistado.

En cuanto la punta de su lengua toca la mía, el mundo se convierte en un zumbido caliente, húmedo y lejano. Le hundo las manos en el pelo mientras una de sus manos me acaricia subiendo mi sudadera hasta dejarme la cintura expuesta y con la otra aprieta mi mandíbula para abrirla un poco más. Quiere explorarlo todo y yo pienso dejarle.

Inspiro con fuerza, le muerdo el labio inferior y él junta nuestros cuerpos y se frota contra mí con un hambre que he cartografiado mil veces en sueños. Millones de veces.

—¡Harvey!

—¡Linnea!

Las voces de Mason y James suenan desde el piso de abajo. Se me abren los ojos con horror porque ni de coña podemos dejar esta conversación en pausa. Sin que haya dicho una palabra, Harvey abre la puerta, grita un puñado de respuestas que se resumirían en

«nosotros vamos por nuestra cuenta, que no estoy listo» y cierra tras de sí.

—Fíjate, a mí me parece que estás súper listo —me burlo con una risita, pero en cuanto me mira de esa forma intensa, juro que casi me desmayo—. Dios, ¿qué estamos haciendo?

—No entres en pánico.

—No pienso hacerlo.

Él se pega a mí, hace que mi espalda choque contra la pared y cuando su erección se roza contra mi centro juro que me olvido de cómo se razona. *Como argumento, es infalible.* Su lengua resbala de nuevo en mi boca y gimo con debilidad, con toda la que siento por Harvey Lockwood.

—Dime que quieres esto, Nea.

—Quiero esto, a ti. Dios, ya lo quería entonces, pero dejé que el miedo me ganara y… yo nunca te he visto como un hermano. Eres… Harvey, eres…

Sofie cruza la puerta de la habitación y nos pilla contra la pared y suelta un grito, a lo que mi otra hermana, desde la escalera pregunta:

—¿Está desnudo?

C a p í t u l o 1 3

Linnea



Cena de Nochebuena

Mamá envió a mis hermanas a buscarme a sabiendas de que aún no estaba preparada, ni arreglada. *Lo cual demuestra que Candy Eriksøn tiene poderes psíquicos.*

¿Me sorprende?

En absoluto.

Sofie no dice ni una palabra de lo que ha visto a Eline cuando le suelta un «encárgate de arrastrarlo a casa y yo me ocupo de que Lin

se vista a tiempo» antes de sacarme de la casa de los Lockwood a empujones.

Estamos entre abetos y nieve, en un escenario típico invernal cuando me suelta y chilla:

—¡Oh Dios mío!

—No flipes —extiendo mis manos hacia ella como si fuera un escudo válido.

Pero ya es tarde. A mi hermana se le han dibujado corazones en los ojos y ya no hay vuelta atrás.

—¡¿Desde cuándo estáis juntos?!

—No lo estamos. Bueno, no lo sé. Solo nos hemos besado. —*Y confesado algunas barbaridades preciosas.*

—Dios, ¿estabais a punto de…?

—No lo digas.

—¿Pero sí?

—Sí. *Sí* en mayúsculas.

Sofie se muere. Se carcajea a mi costa. Se convierte en una saltimbanqui que no veas… hasta que llegamos a casa.

Entonces se pone una máscara y saca a relucir sus dotes de teatro que tantos aplausos le consiguen.

Mi hermana gemela me ayuda a maquillarme y a adecentarme para la cena. Y todo lo hace mientras trata de mantener el nivel de preguntas al mínimo porque *ve* que estoy al borde del colapso.

Antes de que pueda darme cuenta, me ha convencido para ponerme un encantador vestido blanco con detalles de terciopelo y el cuello en pico adornado con esa tela tan suave y abultada que parece de peluche. También ha cogido mi desastroso pelo revuelto y lo ha rizado en unas ondas favorecedoras.

—¡Ya estamos aquí! —oímos la voz de Eline abajo y miro con miedo a Sofie a través del espejo.

Ella me sonríe con dulzura y deposita un sentido beso en mi mejilla. Está a punto de irse, pero se lo impido. En vez de eso, le pregunto si puede darme la mano y bajar conmigo y… lo hace. *Va a resultar que pedir ayuda mola.*

Me siento fatal, mis padres me han querido mucho, no debería tener tantos problemas emocionales. «Como si no tuvieras puto derecho a ser un ser humano», repite Harvey en mi cabeza y noto un latigazo de placer por mi columna. *Quizá sí tengo derecho. Quizá no pasa nada si tengo problemas, pero los enfrento.*

Llegamos a la cocina, Nora, James, mi madre y Eline están charlando sobre cuánto creen poder comer cada uno y haciendo sus

apuestas. Harvey está en una esquina, mirándome con fijación, arrebatándome hasta la última gota de oxígeno.

Sofie, mi ángel de la guarda, se los lleva a todos de la cocina con la excusa de poner los platos rebosantes de comida que faltan todavía en la mesa. Harvey me besa incluso antes de que estemos solos. Nada más nos dan la espalda, yo ya estoy sobre la encimera y él fundiendo su boca con la mía.

—Dime que no has cambiado de opinión.

Me saco del bolsillo la foto que he cogido de mi maleta, porque el fabuloso vestido de mi hermana *tiene* bolsillos, y se la enseño.

Es de mi graduación. James no quitaba el botón del disparador, así que no es de extrañar que después de hacer tantísimas, no se diera cuenta de la forma en la que Harvey me miraba en esta. Yo tampoco me la di.

—Convencerme a mí misma de que me odiabas era la única manera que tenía de protegerme. Tú nunca habías dicho nada, al menos no en un idioma que yo pudiera entender, pero lo deseaba. No voy a cambiar de opinión, Harvey.

Sus ojos resplandecen como la puta estrella del árbol de Navidad. Es impactante. Épico. Me curva los dedos de los pies. Vuelve a besarme con la fuerza de mil mares y esta vez lo hace por

toda la cara, hasta que me río, hasta que Mason está a punto de pillarnos con las manos en la masa.

Durante la cena, no aparta su mirada de mí, ni siquiera cuando yo le lanzo una suplicante. Es súper cruel. ¿Extiendo el brazo para coger cualquier cosa que esté un poco lejos de mí? Él lo coge y me lo alcanza. ¿Hablan de la GA? Él menciona mis últimas medallas, saltos o… yo que sé. Socorro. Necesito ayuda. Que pare. Que me desnude. Que me haga suya. Todo a la vez.

Estoy roja el noventa por ciento de la cena. En un ridículo y patético intento de mantener el control, me dedico a darle pataditas bajo la mesa, pero el juego se vuelve en mi contra cuando me atrapa las piernas con la suya. Puede que nos separen un montón de alimentos deliciosos, pero estamos el uno encima del otro.

La familia empieza a abrir regalos. James y Mason están demasiado ansiosos como para esperar a la mañana de Navidad, como hacen los buenos americanos. Al fin y al cabo, llevan siglos en tierras noruegas y nosotros sí los abrimos en Nochebuena.

Nadie se da cuenta de que Harvey y yo desaparecemos escaleras arriba.

Llegamos a la puerta de mi cuarto y de repente soy muy consciente de los estragos que la-búsqueda-del-diario-perdido ha

causado en mi habitación. Me giro hacia él.

—¿Puedes darme un minuto para que ordene un poco?

Se carcajea, me besa el pelo en un «estás flipando» y entra.

—¿Qué ha pasado aquí, Nea? —pregunta y no le pasa por alto que echo el cerrojo tras de mí, ni el color que adquieren mis mejillas.

—Estaba molesta por que hubieras decidido venir estas Navidades o puede que en realidad todavía estuviera súuuuper dolida porque no hubieras aparecido en las pasadas. Quise criticarte con mis hermanas y las muy malditas no paraban de darle la vuelta a la tortilla, a mis recuerdos. No dejaban de demostrarme que todas las veces que me fastidiabas en realidad, me estabas ayudando. Así que he buscado mi diario, me he dado cuenta de lo tonta y ciega que he sido todos estos años y he ido a buscarte.

Chupaos esa, minimalistas. Para que luego digáis que acumular no sirve de nada.

Harvey sonríe con una ternura que llena de electricidad mi estómago. Me desarma y con tal de disimularlo, deposito un beso en la comisura de sus labios.

—Nunca voy a acostumbrarme a esto.

—Yo tampoco.

No hemos dejado de tocarnos en ningún momento así que nadie debería sorprenderse de que mi mano llegue a su cinturón en mitad de un beso apasionado y tire de él para enviarle un mensaje claro de que le necesito. Ni tampoco de que una vez le dé pie, Harvey Lockwood se dedique a desvestirme con una rapidez que no deja de ser delicada. *No para de gritar palabras demoledoras con los dedos, con la boca.* Besa una línea descendente hasta mi ombligo después de mirarme las tetas como si fueran su paraíso.

—Eres tan preciosa. Tanto, *joder*.

Musito un gracias casi inaudible.

Tenemos una cama al lado, pero a él no parece hacerle falta. Me quedo sin aire porque hinca las rodillas en el suelo, coloca una de mis piernas sobre su hombro y me come como si no hubiera cenado en una semana.

Succiona mi clítoris con fuerza y lame mis pliegues, me tienta con los dedos y disfruta de torturarme mientras palpito cada vez más rápido.

El primer orgasmo me vuelve un manojo espasmódico de necesidad Lockwood y después de eso, estoy tan sensible que solo hacen falta unos segundos para que vuelva a…

Pierdo la cuenta de cuántas veces me corro.

C a p í t u l o 1 4

Linnea



Cuando le suplico que me dé un segundo para recuperarme, él se relame y asiente, quedándose justo donde está como si esa fuera a ser su posición hasta que se hiciera de día. Quizá incluso más.

Tiro de él y lo desvisto. Harvey me besa con posesión y pierdo el equilibrio, pero me sujeta contra sí y soy consciente de que deseo que mantenga esa mano ahí el resto de mis días. *Madre mía, voy a ser una cursi total a partir de ahora.*

Esperaba una ristra de comentarios burlones, típicos en él del estilo «buah, ¿tan fácil es hacer que te corras, Nea? ¿Acaso eras virgen?», pero descubro que cuando Harvey puede decir lo que realmente piensa, mis rodillas tiemblan mucho más que antes.

—¿Significa eso que ya no vamos a discutir nunca más?

—Oh, créeme, sí vamos a hacerlo —asegura mientras dejo caer sus pantalones bajos mientras me observa con atención—. Lo único que cambiará será nuestra manera de reconciliarnos.

Le reconozco que no solo lo de Erik no fue real, sino que desde que me besó, no he conseguido acostarme con ningún chico, que no he… tenido *ganas* de hacerlo. Me ruborizo cuando él dice algo parecido. Eso nos da ciertas libertades, ya que también estamos limpios y yo tomo anticonceptivas.

En cuanto lo tengo desnudo para mí, lo siento en la cama y me coloco sobre su regazo. Compartimos un beso que es todo lengua, pura ansia. Empiezo a rozarme con su polla, a empaparle con mi deseo porque estoy más mojada que en toda mi vida. Con el eco de sus gruñidos, acelero el vaivén de mis caderas a lo largo de su erección salivando, hambrienta, aterrada, deseosa y hecha un puñetero manojo de nervios. Al apartarme un poco para colocarle en

mi centro, Harvey gruñe una negativa y un segundo después me tiene tumba sobre la cama, cara a cara.

—Vas a tener que ser un poco paciente antes de cabalgarme así porque… —maldice y se ruboriza—, joder, Nea, no duraría nada. Ni siquiera sé cómo voy a poder…

—Shhh, tranquilo. —Le cojo las mejillas y le beso la punta de la nariz, la boca, la frente—. Pase lo que pase, estará bien porque es contigo.

Veo el reto en sus ojos. Cree que lo he subestimado y ahora va a matarme.

No era mi intención, pero la expectación casi me mata. Su glande da golpecitos a mi clítoris hasta que vuelvo a correrme, después se abre paso a través de mi entrada y…

No hay espacio suficiente para que entre.

No lo hay.

Imposible.

Él jadea y gruñe y durante un segundo creo que lo estoy haciendo todo mal hasta que entiendo que se está aferrando a su autocontrol con uñas y garras. Está más duro que nadie con quien yo haya estado antes y cuando me embiste una vez más y roza mi mejilla sudada con su nariz, dudo si vamos a correrno así, tal cual.

Quiero que me la meta tan adentro que la note hasta en la garganta, pero es curioso, la incapacidad de mi vagina para hacerle espacio no me hace sentir insuficiente, no cuando me está mirando de esa manera. Eso hace que me relaje, que funcionemos mejor.

Harvey coge una de mis piernas y la sube ganando un puñado de centímetros. Gimo mientras me besa el cuello de forma sucia. Mezo las caderas siguiendo las suyas, nos besamos y lo logramos. Nos cuesta un rato, sí. Pero nos reímos. Y decimos cosas que nunca creí que sería capaz de admitirle. Y cuando está tan dentro de mí que le siento en todas partes, su mano se entrelaza con la mía.

—Hostia puta, *Nea* —me la aprieta mientras su polla palpita y yo me retuerzo al borde del colapso, arqueando la espalda y mordiéndome el labio inferior con fuerza—. No tienes ni idea de cuánto he deseado esto.

—Eres *mío*.

Me corro la siguiente vez que entra y sale de mí. Mi orgasmo me convierte en un hilo líquido de deseo que no acaba nunca. Jamás había sentido un placer ni remotamente similar a este. Es apoteósico. La ciencia debería estudiarle. Es de la clase de evento que hace que te preguntes «¿cómo voy a hacer otra cosa el resto de mi vida?». Me imagino que de ahora en adelante me arranca los

miedos así, llenándome entera de él y solo él, y llego al puto paraíso chillando su nombre. Harvey pierde el control y gruñe el mío como un salvaje enamorado. Su orgasmo le rompe cuando el mío todavía no ha desaparecido y nos volvemos una única bola de fuego. Una que ni siquiera lo entiendo.

Tampoco hace falta.

Todavía sin aliento, entre un mar de besos, le admito:

—Da mucho más miedo ahora que sé lo que podría perder.

—Lo sé —aprieta la mano que no me ha soltado—, a mí también me lo da.

—¿Tanto?

—Mucho más, Nea —me besa.

Entonces entiendo que él fue mucho más fuerte que yo aquella Navidad que decidió dar el paso y besarme.

No pienso dejarle solo. Esta vez no.

Horas después, cuando salimos de la habitación, ya no hay villancicos sonando, ni jaleo. Todos se han ido a dormir. Nosotros estamos tan sedientos que cambiaríamos nuestros regalos de Navidad por un poco de agua.

Harvey sirve un solo vaso y me lo cede primero. No soy capaz de despegarme de él cuando me mira con semejante adoración. Hace que me pregunte muchas cosas. *¿Esto va a ser siempre así? ¿Quiere alargar este preciso momento durante siglos, como yo?* Le doy el vaso y mientras bebe deposito un montón de besos en su garganta. Me agarro a él como un koala y no sé cómo, cuando subimos la escalera, lo hago enganchada a su espalda.

—Eh, Lockwood —rozo mi nariz contra su mejilla y susurro en su oreja—: Feliz Navidad.

E p í l o g o

Harvey



Un año después, la mañana de Navidad.

Tromsø, Noruega.

Tenemos demasiadas competiciones. Esa es a la conclusión que llego cuando abrazo a mi mundo entero, que está fuera de juego sobre mi pecho, con un pijama de galletas de jengibre.

Linnea se mueve encima mío, emitiendo esos sonidos adormilados que tanto me pueden, dejando sus labios cerca de mi

cuello. Se le ha subido la camiseta exponiendo unos cuantos centímetros de delicada piel suave de cojones y me pregunto si debería dejar de ser gimnasta ahora mismo. *Me quita demasiado tiempo, no me renta.* Es decir, Linnea Eriksøn ha estado durmiendo *así* las semanas que hemos estado en distintas partes del mundo y *yo* me lo he perdido. #Renuncio.

¿Se enterará si apago nuestras alarmas y finjo que es de madrugada? Todo este rollo de la noche polar debería servirme para algo, ¿no? Alargo el brazo para coger mi teléfono, pero se me cae al suelo con un estruendo mientras de fondo, desde el piso de abajo, se oye a tres de las cuatro hijas de Astrid:

—¡Feliz Navidad a todos!

—Mmm —Linnea se mueve desperezándose—. ¿Ya es de día?

—Son las dos de la mañana, sigue durmiendo —le susurro.

—¡Y próspero año nuevoooo! —esta es Nora.

Yo me cago en todo y Nea se ríe. Es preciosa. A nadie debería extrañarle que con un par de movimientos de su cálido cuerpo en la zona exacta, ya esté más necesitado que un animal en celo.

—No me estoy negando a nada, que conste, ¿pero y si nos oyen? —pregunta mordiéndose el labio mientras yo meto la mano

bajo su pantalón y ayudo a ese vaivén contra mí que nos arranca un gruñido tras otro.

—¿Ves eso que hay junto al pomo de tu puerta? Es un cerrojo, mi amor. Nuestro mejor aliado.

—He dicho «oyen», no «ven» —sonríe con cariño y suficiencia.

—Ambos sabemos que no sabes estarte calladita, pero puedo fingir que estoy ultra consternado con el tema.

Se ríe y al final acabo metiéndonos en la ducha. Es el único sitio donde puede gritar hasta quedarse a gusto y yo quiero todo lo que ella quiera.

Al salir, mientras ella se pone aceites en el pelo que harán que sea *incapaz* de dejar de olerla, me apoyo en el lavamanos, me cruzo de brazos y le cuento lo que vamos a hacer.

—Estudiamos en el mismo campus. Es pura eficiencia —concluyo.

—¿Estás pidiéndome que nos vayamos a vivir juntos? —pregunta en ese tono tan agudo que pone cuando está a punto de desbordarle la ilusión. Me limito a asentir—. Pero… pero… *Harvey*. A partir del año que viene yo no estudiaré allí. Me queda un solo semestre para graduarme en North Star.

—Tienes razón, lo mejor es que nos volvamos los dos a Tromsø en junio cuando te gradúes. ¿Para qué iba a querer yo un título, a ver?

—¿Pero es que te has vuelto loco? —se carcajea—. Vas a graduarte. Punto.

No tiene miedo porque cree que no lo digo en serio.

¿Debería estar preocupado de lo en serio que estoy hablando?

Decido centrarme en el presente, convencerla para que vivamos juntos el tiempo que le queda en North Star. No me cuesta mucho que digamos.

¿Más adelante? Quizá la convenza para que se quede en Estados Unidos cuando le dé el anillo que llevo encima desde hace dos meses. O tal vez pueda arreglar el papeleo, estudiar en North Star a distancia y volver a Tromsø con ella. No lo sé, pero lo cierto es que me importa muy poco.

Mientras Linnea Eriksøn esté en mi futuro, tendré todo lo que siempre he querido.

A t h e n a P a u l s e n

❥Agradecimientos/Descarga emocional post-Navidad *(espera, ¿o es la despedida de la Navidad? ¿Una ayudita, Candy?)*



Ho-ho-hola! *Desde mi arbolito decorado con más luces de las que Harvey creería convenientes, hasta tú buzón lleno de postales coloridas de felices fiestas a lo Linnea: gracias por leerme.*

Mi nombre es ***Athena Paulsen,*** *encantada de conocerte.*

Si has llegado hasta aquí significa que hemos rebuscado juntas entre un mar de recuerdos y diarios, además de sobrellevar algún que otro yurchenko, que no es poco. Pero ahora, si te soy sincera…

me encantaría leer tu reseña en Amazon. *Prometo no plastificarla en ningún álbum secreto… o sí ;)*

Se me dan faaaa-tal las despedidas. Así que me marco un Linnea en ghosting y dejo una página abierta en mi diario en la que te revelo… Que estoy muy agradecida porque me hayas elegido como lectura: gracias, gracias, ¡gracias!

Espero que hayas disfrutado de la novela corta ***CÓMO SOBREVIVIR A UNA NAVIDAD CONTIGO.*** *Eres la razón por la que las teclas de mi portátil se desgastan más rápido que un disco de villancicos en bucle. Y… *redoble de tambores**

Me alegra decirte que tengo ***muuuchas novelas largas North Star,*** *sin ir más lejos la de los padres de las trillizas* ****Candy y Ząken Eriksøn****,

¡¡¡está disponible en Amazon!!!!

Se llama ***A <u>UN SALTO DE TI.</u>***

¡*Nos vemos muuuuuuy pronto con nuevas historias North Star!*

OBJ 💔🎄❄️🥇🎅🤸‍♀️⛄🧑🤸‍♀️🔥🧊

Con cariño y más pasión que una Eriksøn en diciembre,

Athena,



OBJ